

La Comédiathèque

Milagro en el Convento de Santa María-Juana



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

Milagro en el convento de Santa María-Juana

Jean-Pierre Martinez

*Las ventas del convento financian las obras benéficas de las hermanas,
pero su famoso Elixir de Santa María-Juana ya no tiene salida.
Hasta que una de ellas decide añadirle una hierba misteriosa.
El nuevo licor tiene un éxito alucinante. ¿El último milagro de María-Juana?*

Personajes

Beatriz: madre superiora
Prudencia: hermana tesorera
Inés: hermana novicia
Maricarmen: voluntaria
Juan Bernardo: voluntario
Anatolio: feligrés
Victorina: feligresa
Fred y/o Sam: estudiantes, chicos o chicas
Ben y/o Jo: traficantes, hombres o mujeres
Ramírez y/o Sánchez: agentes de policía, hombres o mujeres

Repartos posibles

*Los estudiantes, los traficantes y los policías pueden ser interpretados por hombres o mujeres. Cada una de esas parejas de personajes puede reducirse a uno solo.
Por tanto, los repartos posibles son los siguientes:*

13 personajes

2H/11M, 3H/10M, 4H/9M, 5H/8M, 6H/7M, 7H/6M

12 personajes

2H/10M, 3H/9M, 4H/8M, 5H/7M, 6H/6M

11 personajes

2H/9M, 3H/8M, 4H/7M, 5H/6M

10 personajes

2H/8M, 3H/7M, 4H/6M, 5H/5M

La tienda del convento de Santa María-Juana ofrece diversos productos de elaboración conventual (licores, galletas, mermeladas) y otros artículos religiosos (cirios, estatuillas, libros), colocados en estanterías y expositores. El célebre Elixir de Santa María-Juana ocupa un lugar destacado. Sor Prudencia hace las cuentas mientras Maricarmen, la voluntaria que la ayuda, revisa los estantes.

Maricarmen – Ah... Habrá que pedir más estampas de Santa María-Juana para usarlas como marcapáginas. Últimamente se venden como churros...

Prudencia – Aunque obráramos el milagro de multiplicar esos churros... A cincuenta céntimos la unidad, no vamos a salvar la tienda vendiendo marcapáginas.

Maricarmen – Vamos, sor Prudencia, ¡no perdamos la fe! (*Pausa.*) Por desgracia, no le falta razón... Además, apenas ha entrado nadie en toda la mañana.

Prudencia – Hasta nuestros feligreses más fieles prefieren ir al centro comercial a comprar los regalos de Navidad.

Maricarmen – Y todo para llevarse productos fabricados en China o sabe Dios dónde... En cambio, lo nuestro lo elaboran aquí las hermanas. Producto de proximidad, como se dice ahora.

Prudencia – Así es, Maricarmen... Somos las únicas intermediarias entre el Creador y el consumidor.

Maricarmen – Por desgracia, los productos ecológicos de convento siguen teniendo un problema de imagen.

Prudencia – Y nuestra cuenta bancaria tiene un problema de saldo, sin más.

Maricarmen – ¿Tan grave es la situación?

Prudencia – Evidentemente, no estamos aquí para ganar dinero, pero si las ventas siguen cayendo, a menos que ocurra un milagro, acabaremos teniendo que cerrar la tienda.

Entra Juan Bernardo empujando un diablo de carga (una carretilla de mano) con una caja de botellas de licor.

Maricarmen – ¡Ah, Juan Bernardo!

Juan Bernardo – Mis respetos, Maricarmen. Buenos días, sor Prudencia.

Maricarmen – ¡Madre mía! Esa caja tiene pinta de pesar una barbaridad.

Prudencia – Menos mal que tenemos un diablo para echarnos una mano.

Maricarmen – ¿Un diablo? No estará hablando de nuestro abnegado Juan Bernardo, ¿verdad?

Juan Bernardo – Me toma el pelo, Maricarmen. Sabe de sobra lo que es un diablo de carga. Aunque no estará acostumbrada a tirar de él por el rabo. O debería decir por el mango...

Maricarmen – ¡Ah, sí! Un diablo... Esa especie de carretilla que sirve para transportar cajas. He visto alguno en una ferretería del pueblo. La verdad es que parece muy práctico.

Juan Bernardo – ¡Qué le vamos a hacer! El progreso no hay quien lo detenga...

Maricarmen – Pues yo no sabía que tuviéramos un diablo en el convento...

Prudencia – Nos lo ha regalado uno de nuestros feligreses, Anatolio. Tenía una tienda de ultramarinos y acaba de jubilarse.

Juan Bernardo – Para mi espalda es un regalo caído del cielo. Con esta ciática... ¿Le importaría echarme una mano, Maricarmen?

Maricarmen – Por supuesto, Juan Bernardo.

Juan Bernardo y Maricarmen agarran la caja y, con esfuerzo visible pero gran determinación, la bajan de la carretilla y la dejan en el suelo.

Maricarmen – ¡Uf! Pesa como un muerto. ¿Qué lleva dentro?

Juan Bernardo – Es la última producción de nuestra difunta sor Ana.

Prudencia – Que Dios la tenga en su gloria.

Juan Bernardo – La próxima remesa la preparará sor Inés.

Maricarmen – ¿Sor Inés?

Prudencia – ¡La hermana que ha sustituido a sor Ana en la destilería!

Maricarmen – Ah, sí, claro. Creo que llegó hace unos días, pero todavía no hemos tenido ocasión de conocerla.

Prudencia – Es que se pasa el día en el monte buscando las plantas necesarias para elaborar nuestro licor.

Maricarmen coge una botella y contempla la etiqueta.

Maricarmen – Ah, sí, el célebre Elixir de Santa María-Juana. Se supone que cura prácticamente todos los males...

Juan Bernardo – Y que nos devuelve el ímpetu de los veinte años...

Prudencia – ¿Lo duda?

Maricarmen – Estoy segura de que este brebaje tiene ciertas virtudes terapéuticas, pero... aunque mi fe sea inquebrantable, confieso que no creo demasiado en los elixires de la eterna juventud. Y menos cuando llevan cuarenta y cinco grados de alcohol...

Juan Bernardo – Si al menos me curara la ciática...

Prudencia – No bromea con estas cosas, Maricarmen. Este licor sagrado sigue siendo el producto estrella del convento. Y hubo un tiempo en que también era el que más vendíamos...

Maricarmen – Desde luego, de la última remesa apenas hemos vendido nada. No sé dónde vamos a colocar tantas botellas...

Prudencia – Hace unos años todavía salían por lo menos dos al día.

Juan Bernardo – Habría que hacer algo para animar las ventas, pero claro... No deja de ser un brebaje medicinal. No es algo que uno se tome todos los días en el aperitivo.

Maricarmen – No... A no ser que encontremos la forma de rejuvenecer un producto que se ha quedado un poco anticuado.

Juan Bernardo – Un elixir de juventud que necesita un tratamiento de choque para vivir una segunda juventud. Reconocerá que resulta un tanto paradójico...

Maricarmen – Es lo que yo llamo la paradoja de la naftalina, Juan Bernardo. La metes entre la ropa para que no se la coman las polillas y, cuando te la pones, el que huele a muerto eres tú.

Juan Bernardo – Pero, Maricarmen, usted no huele en absoluto a naftalina. Y, si me permite, huele de maravilla.

Maricarmen – Gracias, Juan Bernardo. Usted sí que sabe hablarles a las mujeres...

Juan Bernardo – Desde luego, ¡cuánto misterio rodea la receta de este licor...! Cuando sor Ana se iba al monte a recoger las hierbas para su elixir, me parecía estar viendo al mismísimo druida de Astérix.

Maricarmen – Vamos, Juan Bernardo... Sor Ana no se parecía en nada a nuestro querido Panorámix.

Juan Bernardo – No lo decía por la barba...

Prudencia – Vamos, hijos míos, no blasfeméis. Sor Ana acaba de reunirse en el cielo con Nuestro Señor Jesucristo.

Maricarmen (*santiguándose*) – Que descanse en paz. Después de todo lo que hizo por nuestro convento y por los pobres a quienes ayudamos, seguro que Dios le perdona que abusara un poquito del elixir milagroso. Con la excusa de comprobar sus propiedades medicinales...

Juan Bernardo – Sí, y seguramente eso fue lo que precipitó su final.

Maricarmen – En definitiva, dio su vida para mantener la prosperidad de esta noble institución.

Prudencia – Pero os recuerdo que debemos la receta de este santo licor a la fundadora de nuestra orden...

Maricarmen – Según cuentan, recibió la revelación al oír unas voces... Casi podría decirse que el mismísimo Dios le susurró al oído la fórmula de este licor.

Prudencia – Y las ventas de este elixir divino han permitido al convento seguir cumpliendo su misión hasta hoy.

Maricarmen mira hacia la puerta.

Maricarmen – Ah, aquí viene la madre superiora. No sé quién la acompaña...

Entran Beatriz, la madre superiora, seguida de la joven sor Inés.

Beatriz – Buenos días, hijos míos.

Prudencia – Buenos días, madre.

Beatriz – Hijos míos, os presento a sor Inés, que hará el noviciado en nuestro convento. Antes de dejarnos, sor Ana le transmitió su secreto y será ella quien destile nuestro elixir de ahora en adelante.

Prudencia – Bienvenida al convento de Santa María-Juana, hermana.

Maricarmen – Nos alegra comprobar que, pese a la actual crisis de vocaciones, todavía hay jóvenes dispuestas a abrazar la vida monástica.

Juan Bernardo – ¿Ha estudiado Botánica, por casualidad?

Beatriz – Sor Inés acaba de graduarse en ESADE.

Prudencia – ¿ESADE?

Inés – La Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas.

Juan Bernardo – Ah, pues no deja de ser una formación poco habitual.

Inés – ¿Quiere decir... para destilar licores?

Juan Bernardo – Quiero decir, para una monja. Incluso con el paro juvenil que tenemos, los titulados de las escuelas de negocios no suelen elegir la vida conventual.

Maricarmen – Lo que demuestra que todos los caminos pueden llevar a nuestro Señor Jesucristo.

Inés – Decidí tomar los hábitos después de ver a la Virgen.

Juan Bernardo – Vaya, vaya...

Prudencia – ¿Durante una peregrinación a Lourdes, quizá? ¿En el fondo de la gruta, como nuestra querida Bernardita?

Inés – En realidad fue al fondo de un aula, durante una clase de gestión de la innovación.

Juan Bernardo – Quiere decir... ¿entre los haces de luz de un proyector o algo parecido?

Beatriz – Cuando la Santísima Virgen decide manifestarse ante nosotros, no nos deja elegir ni el lugar ni el momento.

Prudencia – Después de todo, Dios está en todas partes. ¿Por qué no iba a estar en las aulas de una escuela de negocios?

Beatriz – En cualquier caso, debemos tomar la llegada de esta hija como una señal que Dios nos envía para animarnos a continuar nuestra misión...

Maricarmen – Naturalmente...

Beatriz – Teniendo en cuenta sus conocimientos empresariales, le he encomendado a sor Inés la tarea de revitalizar las ventas de nuestros productos conventuales...

Juan Bernardo – Excelente idea.

Beatriz – Además de encargarse de la destilería, sor Inés también os ayudará en la tienda. Os agradeceré que la pongáis al corriente de la magnífica labor que realizáis aquí. Y si se le ocurre alguna mejora...

Prudencia – Cuento con nosotros, madre. Si esa es la voluntad de Dios, no tenemos nada contra la gestión de la innovación.

Beatriz – Entonces os la dejo... Se acerca la Navidad y tengo que ocuparme del belén. Mientras todavía se nos permita poner uno en el convento...

Sale Beatriz.

Prudencia – Bueno, entonces... ¿Le explico un poco cómo funciona todo?

Inés – Adelante... En cualquier caso, la tienda es muy bonita... Quizá un poco clásica...

Prudencia – Como dice la madre superiora, esto, antes que un negocio, es una misión.

Inés – Por supuesto, hermana. Pero para llevar a cabo nuestra misión necesitamos recursos, ¿no?

Prudencia – Así es. La venta de nuestros productos sirve para pagar los gastos del convento. Y también para financiar nuestras obras sociales.

Inés – La madre superiora me ha hablado de ellas. Lucháis contra los cárteles de la droga en Colombia, ¿no es así?

Prudencia – Bueno, sí... A nuestro modesto nivel.

Juan Bernardo – Sin armas, sin odio y sin violencia, por supuesto.

Maricarmen – Financiamos programas de desarrollo de cultivos alternativos y comercio justo en América Latina, para que los campesinos puedan abandonar el cultivo de la adormidera.

Inés – Una misión muy noble, desde luego.

Prudencia – Maricarmen y Juan Bernardo son dos de los voluntarios que nos ayudan en nuestra labor.

Maricarmen – Solo intento ser un poquito útil... Y, como todavía estoy soltera...

Prudencia – Precisamente, voy a dejar que Maricarmen le explique qué vendemos aquí. Conoce nuestros productos mucho mejor que yo.

Maricarmen – Pues... Como puede ver, tenemos una gama muy variada. Pero nuestros productos estrella siguen siendo los cirios con la imagen de Santa María-

Juana y nuestro célebre elixir de juventud, elaborado, como ya sabe, con hierbas de la zona.

Inés – Sí, sor Ana me reveló el secreto de la receta justo antes de dejarnos.

Prudencia – Un secreto que se transmite de hermana en hermana desde hace generaciones.

Juan Bernardo – Vaya, no conocía esa extraña costumbre.

Maricarmen – Cuando la hermana herborista presiente que se acerca su fin, justo antes de recibir los últimos sacramentos, confía su secreto a quien habrá de sucederla. Por suerte, en los conventos no se suele morir de forma violenta.

Juan Bernardo – Un secreto tan bien guardado como la fórmula de la Coca-Cola...

Prudencia – Por desgracia, el Elixir de Santa María-Juana se vende cada vez menos. Es un producto muy tradicional, ¿sabe? Y las tradiciones, lamentablemente, se van perdiendo.

Juan Bernardo – Tal vez en cócteles...

Maricarmen – Ah, ¿en cócteles? Pues no es mala idea, ¿verdad, sor Inés?

Inés – ¿Por qué no...?

Maricarmen – Pero, Juan Bernardo, ¿me está diciendo que nunca ha probado este santo licor?

Juan Bernardo – Pues la verdad es que no lo recuerdo... (*Examina la botella*) Ese aire retro tiene su encanto, desde luego, pero...

Maricarmen – Voy a darle a probar un poco. Así podrá juzgar por sí mismo.

Maricarmen coge una botella de detrás del mostrador, sirve una copita y se la ofrece a Juan Bernardo. Él la coge y se la bebe de un trago, haciendo una ligera mueca.

Maricarmen – ¿Qué tal?

Juan Bernardo – Ah, sí, es... Es curioso. ¿Y esto se vende de verdad?

Prudencia – Cada vez menos, por desgracia...

Inés – Pues no me extraña demasiado... Habría que modernizar la receta... Cambiar el diseño de la etiqueta... ¿Tenéis página web?

Prudencia – ¿Del convento, dice?

Inés – De la tienda, por lo menos...

Prudencia – Pues... Hasta ahora no nos había parecido necesario.

Inés – Como mínimo, habría que abrir una página en Facebook... Podríamos llamarla «Amigos de Santa María-Juana». ¿Qué os parece?

Sor Prudencia parece desconcertada ante semejantes ideas revolucionarias. Llega Victorina, una anciana coqueta y muy distinguida, aunque bastante achacosa.

Victorina – Buenos días, buenos días.

Maricarmen – Buenos días, Victorina. ¿Cómo se encuentra hoy?

Victorina – Ay, hija, a mi edad... Estaba en el confesionario, como todos los jueves, después de la peluquería... Y he pensado pasar a saludaros.

Juan Bernardo – ¿Todos los jueves? ¿Tiene usted tantas cosas que confesar, Victorina?

Prudencia – Vamos, Juan Bernardo...

Victorina – Podría ir una vez al mes, claro...

Juan Bernardo – ¿A confesarse?

Victorina – ¡A la peluquería! Pero qué quiere que le diga, así me entretengo...

Maricarmen – ¿Y no quiere aprovechar para comprar algún regalo de Navidad, Victorina?

Victorina – Pues, la verdad...

Maricarmen (*aparte*) – Me parece una buena ocasión para que practique, sor Inés. Se la dejo a usted...

Inés – Buenos días, señora. ¿Puedo ayudarla? ¿Buscaba alguna cosa en particular?

Victorina – Anda, pero si no conozco a esta señorita tan encantadora...

Prudencia – Es sor Inés, Victorina. Va a hacer el noviciado con nosotras.

Victorina – ¡Ay, Dios mío! Pobre criatura. ¿Cómo se le ocurre enterrarse aquí siendo tan joven? Los conventos deberían reservarse para las que ya no tienen ocasión de pecar.

Maricarmen – Vamos, Victorina...

Victorina – ¿Y qué la ha llevado a tomar los hábitos, mi querida Inés? ¿Un desengaño amoroso?

Inés – Una aparición de la Virgen.

Victorina – Vaya, pues sí que... Pobrecita. ¡A su edad hay que conocer a un hombre, no a la Virgen!

Inés – Antes ha dicho que no se encontraba muy bien. Quizá le viniera bien un reconstituyente. Supongo que conoce nuestro famoso elixir de juventud...

Victorina – ¡Qué mona es la chica...!

Inés coge una botella y se la enseña.

Inés – Mire, dicen que sirve para todo.

Victorina – Ah, sí... El Agua del Carmen... Me acuerdo... Mi abuela siempre tenía un frasco en el armario.

Inés – No, esto es el licor de Santa María-Juana. Según nuestros numerosos clientes, sus efectos son mucho más intensos.

Maricarmen – Tampoco exageremos. No vayamos a incurrir en publicidad engañosa.

Juan Bernardo – No le devolverá la juventud, pero la ayudará a sobrellevar los achaques de la edad, Victorina.

Inés – ¿Le pongo una botella?

Victorina – Es que... Todavía tengo la que me dejó mi abuela al morir. Hoy en día ya nadie bebe estas cosas, ¿sabe?

Inés – No estoy segura de que la de su abuela siga en buen estado, Victorina. Será un elixir milagroso, pero también tiene fecha de caducidad.

Victorina – Prefiero un marcapáginas para el misal. He vuelto a perder el mío... Pero sobre todo es por contribuir a vuestras obras de caridad...

Maricarmen – Sí, y además sale bastante más barato, ¿no?

Llega Anatolio, un anciano bien vestido que, sin embargo, acusa el paso de los años.

Anatolio – Buenos días, señoras y señores. Hermanas.

Juan Bernardo – Buenos días, Anatolio. ¿Viene usted también de confesarse?

Anatolio – ¡Qué va! Yo vengo del bar. He echado la Primitiva, como todos los jueves.

Juan Bernardo – Muy bien hecho, Anatolio. Una plaza en el paraíso está muy bien, pero un poquito de felicidad aquí abajo tampoco viene mal. ¡La fortuna sonríe a los audaces! ¿Verdad, Maricarmen?

Maricarmen – Yo no entiendo de juegos de azar. Pero no sé si eso es muy cristiano. ¿Acaso no dice la Biblia que nos ganaremos el pan con el sudor de nuestra frente?

Anatolio – No se preocupen, hermanas. Si algún día me toca la lotería, haré un donativo para vuestras obras.

Inés – En ese caso, rogaremos al Señor que le sonría la suerte...

Juan Bernardo – Y gracias por el diablo que ha donado al convento. Me ha ahorrado mucho trabajo a la espalda, mientras espero el milagro que me cure la ciática.

Anatolio – Buenos días, Victorina. Qué elegante está usted hoy.

Victorina, que fingía ignorarlo mientras lo miraba de reojo, sonríe ante el cumplido y empieza a coquetear.

Victorina – Acabo de salir de la peluquería...

Anatolio – Y, si me permite, ese color nuevo le favorece muchísimo.

Victorina – Adulador... Pero gracias, Anatolio.

Anatolio – Sí, es... muy primaveral... Con esos reflejos... anaranjados.

Victorina (*escandalizada*) – ¿Anaranjados, dice?

Anatolio – No, no exactamente anaranjados. Era una forma de hablar...

Victorina (*a Inés*) – ¿A usted le parece que tengo el pelo naranja, Inés, hija?

Inés – No sé, tiene algunos reflejos... ¿azul petróleo, quizá?

Victorina (*horrorizada*) – ¿Azul petróleo?

Inés – Bueno... Azul metalizado, más bien...

Victorina (*a Juan Bernardo*) – ¿Y usted qué opina?

Juan Bernardo – ¿Azul metalizado? A mí me gusta... Es el color de mi coche.

Victorina – Ahora mismo vuelvo a la peluquería. ¡Se va a enterar!

Inés – ¿Y qué hacemos con la botella, Victorina? ¿Se la guardo?

Anatolio – ¿Qué es eso? Ah, el famoso Elixir de Santa María-Juana... Ni sabía que siguiera existiendo...

Inés – Los grandes clásicos nunca pasan de moda...

Victorina – Ay, los elixires milagrosos... Yo he tomado Agua del Carmen toda mi vida, y míreme.

Anatolio – ¡Pues a mí el resultado me parece espectacular, querida Victorina!

Victorina – Me va a hacer sonrojar, Anatolio...

Anatolio – Mire, le regalo esta botella.

Victorina – Muchas gracias, pero... No sé si...

Anatolio – Y así me invita a tomar una copita con usted...

Victorina – En ese caso... ¿por qué no?

Maricarmen – Ahí está. Su primera venta.

Sor Prudencia mete la botella en una bolsita y se la entrega a Victorina. Anatolio le da un billete a Maricarmen.

Maricarmen – Ya nos contará qué tal...

Anatolio (*cogiendo la bolsa*) – Deje, que la llevo yo. ¿La acompaño?

Victorina – Encantada, Anatolio...

Anatolio – De verdad que va usted muy bien peinada...

Victorina – ¿Eso cree?

Salen. Victorina, entusiasmada, se deja olvidado el bolso.

Maricarmen – Parece que este elixir tiene, por lo menos, el poder de unir corazones solitarios...

Juan Bernardo – Por desgracia, me temo que los dos habrán muerto antes de terminarse la botella...

Prudencia le dirige una mirada de reproche.

Prudencia – ¡Juan Bernardo, por favor!

Juan Bernardo – ¡No, no! No insinuaba que los efectos secundarios de este licor fueran a acortarles la vida. Solo digo que, a razón de una copita al mes, no van a conseguir levantar la facturación...

Inés – Por eso es imprescindible cambiar nuestros métodos de venta.

Prudencia – Cambiar... Esa palabra suena un poco rara entre los muros de un convento, hermana.

Inés – Las tradiciones son importantes, por supuesto... Pero si el convento se quedara sin recursos, nuestras obras sociales correrían peligro.

Prudencia – ¡Qué gran verdad! Por desgracia...

Inés – Hablando de eso... ¿Podría explicarme algo más sobre esas obras, hermana?

Prudencia – Bueno... Para empezar, tenemos un programa de ayuda a los campesinos colombianos, para combatir la economía de la droga que asola su país.

Maricarmen – Y no olvidemos las clases de refuerzo que damos a los estudiantes de secundaria con menos recursos de nuestro municipio.

Prudencia – Cada año concedemos becas a algunos de los más brillantes para que puedan estudiar en un colegio católico.

Juan Bernardo – Con lo cara que está hoy en día la enseñanza privada...

Prudencia – Por desgracia, este año me temo que no podremos continuar con esa labor. A menos que ocurra un milagro...

A Inés se le ilumina la cara.

Inés – ¿Un milagro...? ¡Pues yo os propongo hacer uno!

Prudencia – Pero, sor Inés... La veo algo exaltada... Un milagro son palabras mayores. ¡No pretenderá que la beatifiquen a su edad!

Inés – ¡Sé cómo reactivar las ventas de nuestro elixir, hermana!

Maricarmen – La escuchamos, sor Inés.

Inés – He encontrado una hierba en el monte.

Maricarmen – ¿Una hierba? De eso no falta por estos montes, ¿verdad?

Inés – Sí, pero esta es una planta que no conozco. Y no aparece en ninguno de los libros de botánica que tenemos en la biblioteca del convento.

Juan Bernardo – Tenga cuidado. Con las hierbas pasa como con las setas: algunas son venenosas.

Inés – La he utilizado para preparar una nueva versión del licor. Y el resultado es alucinante, se lo aseguro.

Prudencia – ¿Cómo que «alucinante»?

Inés – Sabe mucho mejor y los efectos del elixir parecen multiplicarse por diez.

Juan Bernardo – Cada vez se parece más a la receta de la poción mágica.

Prudencia – No nos precipitemos. La fórmula de este elixir tiene varios siglos... Modificarla sería una decisión muy importante.

Inés – ¡Pues hagamos una cata con la madre superiora!

Prudencia – ¿De verdad cree que debemos molestarla por eso?

Juan Bernardo – ¡Si ha sido ella quien nos ha animado a modernizarnos!

Inés – Se puede ser partidaria de la misa en latín sin ser enemiga de las ideas nuevas.

Juan Bernardo – Siempre que sean buenas...

Prudencia – Está bien... Maricarmen, sea tan amable de ir a buscar a la madre superiora. Está en la capilla colocando el belén...

Maricarmen – Ahora mismo, hermana.

Sale Maricarmen.

Prudencia – ¿Cómo vamos a hacerlo?

Inés – He preparado un frasquito de mi nuevo elixir.

Juan Bernardo – Un frasquito... Esto empieza a parecer brujería... Aunque tranquila, hoy en día ya no queman a las brujas.

Prudencia – Cuando digo que se están perdiendo las tradiciones...

Inés – Podríamos hacer una cata a ciegas.

Prudencia – Por Dios, sor Inés... ¡No vamos a pedirle a la madre superiora que juegue a la gallinita ciega!

Inés – No, claro... Solo consiste en servir el elixir antiguo y el nuevo en dos vasos sin identificar, para que cada cual pueda expresar su preferencia de manera objetiva.

Juan Bernardo – Excelente idea, ¿no les parece? ¡Y que gane el mejor!

Preparan todo para la cata.

Prudencia – De todas formas... No estoy segura de que esto sea muy católico...

Regresan Anatolio y Victorina.

Victorina – No sé dónde tengo la cabeza. Me he dejado el bolso...

Anatolio – Al elixir todavía no le habrá dado tiempo a hacer efecto. A mí también me falla la memoria a veces.

Inés – Ah, Anatolio, Victorina... Llegan en el mejor momento. Estamos buscando conejillos de Indias.

Anatolio – ¿Conejillos de Indias?

Prudencia (*a Inés*) – ¿Está completamente segura de que no tiene efectos perjudiciales?

Inés – Tranquila. Lo he probado conmigo misma. ¡Y mire el resultado!

Prudencia la observa y no parece demasiado tranquilizada. Entran la madre superiora y Maricarmen.

Beatriz – Bueno, vamos a ver qué pasa aquí, hijos míos...

Inés – Os voy a dar a probar una primera muestra. Pero sin deciros si es la fórmula nueva o la antigua.

Beatriz – Bueno...

Inés sirve una primera ronda sin que los demás vean de qué botella procede. Da una copita a cada uno. Tras vacilar un momento, todos prueban el licor en un silencio religioso.

Juan Bernardo – Sí...

Prudencia – Es la receta de toda la vida, ¿no?

Maricarmen – No está mal, pero...

Victorina – Es un licor reconfortante.

Anatolio – Sigue teniendo un regusto a medicina...

Beatriz – Sí... Es el Elixir de Santa María-Juana de siempre.

Inés, sin decir palabra, sirve la segunda ronda. Se repite el ritual, pero esta vez las caras expresan mayor satisfacción.

Maricarmen – Ah, pues sí...

Juan Bernardo – Ya no parece que estemos bebiendo un medicamento.

Beatriz – Sí, qué curioso...

Anatolio – No está nada mal...

Prudencia – Le noto un saborcito a manzana.

Inés – La lleva...

Beatriz – Pero también tenemos que comprobar que este elixir sea tan beneficioso como el anterior.

Inés – Solo le he añadido un pequeño toque de...

Victorina – Yo volvería a probarlo, para asegurarme.

Inés – Solo me queda suficiente para llenar una copa.

Beatriz – Ah, sí, está...

Le pasa la copa a Prudencia.

Prudencia – Está buenísimo...

Le pasa la copa a Juan Bernardo.

Juan Bernardo – Sí, se nota inmediatamente una sensación de bienestar...

Se queda con la copa en la mano y la mirada perdida.

Maricarmen – Que corra esa copa, Bernardo Juan.

Juan Bernardo – Me llamo Juan Bernardo. Aunque es verdad que tengo la cabeza un poco del revés...

El ambiente se va relajando.

Inés – Sí... «Alucinante» es la palabra... Creo que acabo de volver a ver a la Virgen...

Prudencia – ¿Otra vez? ¿Pero dónde?

Inés – Allí, en el fondo de mi copa.

Anatolio – Ah, sí... Yo también he visto alguna vez a la Virgen en el fondo de una copa...

Victorina – ¿En el bar?

Anatolio – Más bien en el restaurante chino. Cuando ponen el chupito de sake...

Maricarmen – Por favor, Anatolio...

Todos, menos las monjas, se echan a reír.

Beatriz – Creo que será mejor dar por terminada esta cata...

Prudencia – Sí, no sé qué me pasa... Tengo la impresión de estar viendo visiones yo también.

Victorina saca un espejo del bolso y se mira.

Victorina – ¿De qué color ven ahora mi pelo?

Anatolio – Yo diría que... rosa.

Victorina – Justo lo que me parecía.

Beatriz – Es verdad que resulta muy relajante... Nunca me había sentido tan bien desde que... Iba a decir una tontería...

Maricarmen – Creo que nos hemos excedido un poco con este maravilloso elixir.

Inés – Que tiene treinta y ocho grados, no lo olvidemos.

Anatolio – ¿No le quedará un poquito de esa poción mágica, hermana?

Inés – No, ni una gota.

Prudencia – En ese caso, creo que deberíamos irnos a dormir.

Inés – ¿Antes de vísperas, hermana?

Beatriz – ¿No pensaba salir a bailar, verdad?

Prudencia – Ya aprenderá que en los conventos nos acostamos con las gallinas.

Inés – ¿Con las gallinas?

Anatolio – A la pregunta de qué fue antes, si el huevo o la gallina, yo contesto: la gallina, que es la que filosofa.

Maricarmen – No he entendido nada...

Inés – ¿Y qué decidimos sobre la prueba?

Beatriz – No sé muy bien... Ahora mismo no tengo las ideas demasiado claras...

Inés – ¿Podríamos votar?

Prudencia – Me parece más prudente tomarnos un tiempo para reflexionar.

Maricarmen – Mañana lo veremos todo con otros ojos.

Beatriz – Tiene razón... Aplacemos la decisión. Mañana lo veremos más claro.

Juan Bernardo – ¿La acompaño, Carmen María?

Maricarmen – Me llamo Maricarmen...

Se ríen como tontos. Todos se encaminan hacia la salida con paso vacilante. Beatriz tropieza.

Prudencia – Cuidado con el escalón, madre...

Beatriz – ¿Hay un escalón?

Maricarmen – Hasta ahora no lo había...

Beatriz – ¿Qué nuevo prodigio es este?

Salen.

Oscuro.

Maricarmen entra en la tienda acompañada de Juan Bernardo. Se vuelve para mirar el umbral de la puerta.

Maricarmen – Pues no, si aquí no hay ningún escalón...

Juan Bernardo echa un vistazo al local vacío.

Juan Bernardo – ¡Qué raro! A estas horas sor Prudencia ya suele estar aquí.

Maricarmen – Parece que nuestras queridas hermanas se han quedado dormidas... No he oído las campanas de maitines.

Juan Bernardo – Es que usted estaba durmiendo profundamente...

Maricarmen – Pero... ¿cómo sabe eso, Juan Bernardo?

Juan Bernardo – Recordará al menos que anoche la acompañé a su casa.

Maricarmen – Ah, sí, puede ser... Había una niebla... Qué extraño, en esta época del año... Y dentro de la casa también había niebla... O sea, que me acompañó. (*Algo inquieta.*) ¿Y después?

Juan Bernardo – Parecía usted agotada. La llevé hasta el dormitorio. No conseguía subir las escaleras por sí sola...

Maricarmen – No me diga que...

Juan Bernardo – Soy un caballero, Maricarmen... Y créame, lo de anoche fue casi un acto de heroísmo. No quería usted dejarme marchar. ¿Lo recuerda?

Maricarmen – No...

Juan Bernardo – Sí, parecía un poco aturdida. No quise aprovecharme de la situación. Pero ¿me permite conservar alguna esperanza?

Maricarmen – ¡Dios mío...!

Entra sor Prudencia, con el hábito algo desarreglado y expresión de culpabilidad.

Prudencia – Disculpadme, es la primera vez que me pasa. No he oído las campanas...

Maricarmen – Creo que anoche todos nos pasamos un poquito, ¿no?

Juan Bernardo – Sí, es curioso. Tengo la sensación de tener resaca, pero sin dolor de cabeza. Después de todo, algo milagroso sí que tiene este elixir...

Entra sor Inés con una caja de botellas.

Inés – Durante la noche he destilado unas cuantas botellas más. Estoy segura de que va a arrasarlo. ¡Vamos a disparar las ventas!

Prudencia – Le recuerdo, hermana, que la madre superiora todavía no ha concedido la autorización para comercializarlo.

Entra la madre superiora.

Beatriz – Buenos días, hijos míos. Perdonad que no os haya despertado esta mañana con las campanas. Me he quedado dormida.

Inés – En cualquier caso, la nueva fórmula tiene unas propiedades somníferas indiscutibles.

Beatriz – Es verdad que he dormido como un tronco... Pero esos efectos secundarios parecen un tanto imprevisibles.

Inés – A lo mejor me pasé un poco con la dosis...

Prudencia – ¿Qué opina, madre?

Beatriz – No sé muy bien...

Prudencia – Pero tendremos que tomar una decisión.

Beatriz – ¿Maricarmen? ¿Qué opina usted?

Maricarmen – No cabe duda de que el nuevo elixir tiene propiedades alucinantes. Pero combinar su efecto tranquilizante con esa desinhibición... Puede ser un cóctel explosivo.

Prudencia – ¿Y si fuera el mismísimo diablo quien hubiera puesto esa hierba maligna en nuestro camino?

Beatriz – ¿Como la serpiente del jardín del Edén, que tentó a Eva con el fruto prohibido?

Prudencia – Yo sigo diciendo que tiene un ligero sabor a manzana...

Momento de reflexión.

Beatriz – Tiene razón... Hermanas, lo mejor es enemigo de lo bueno. Y el infierno está empedrado de buenas intenciones. Será mejor abandonar esas peligrosas veleidades reformistas y mantener la fórmula tradicional de nuestro elixir, que la mismísima Virgen reveló a Santa María-Juana.

Inés (*disimulando mal su decepción*) – Como diga, madre...

Beatriz ve la caja que ha traído Inés.

Beatriz – ¿Y eso qué es?

Inés – Por si acaso, había preparado unas cuantas botellas. Pero las mandaré a la hoguera en un auto de fe, se lo juro.

Beatriz – Bien. Entonces, asunto zanjado.

Beatriz se dispone a marcharse.

Inés – De todas formas, es una pena no darle una oportunidad al producto...

Beatriz – ¿Cómo dice, hermana?

Inés – Al fin y al cabo estamos hablando de un licor conventual, no de la cocaína del cártel de Medellín.

Beatriz – ¿Está poniendo en duda mi decisión?

Inés – Solo digo que... para cualquier institución, ser incapaz de reformarse es una debilidad.

Beatriz – Querida hija, debe saber que lo característico de la Iglesia es precisamente su incapacidad para reformarse...

Prudencia – Esa aversión a las reformas nos lleva a veces a cometer ciertos excesos, como los autos de fe de la Inquisición, pero también nos ha permitido conservar nuestras queridas tradiciones hasta hoy.

Juan Bernardo – Unas tradiciones que todo el mundo nos envidia.

Suena el teléfono.

Inés – ¿Tenéis teléfono?

Prudencia – Hombre, pues claro...

Prudencia descuelga el teléfono.

Prudencia – Convento de Santa María-Juana, dígame... ¿Cómo? No, digo Santa María-Juana porque es el nombre del convento, pero yo no me llamo María-Juana y todavía no me han beatificado... ¿La tesorera? Sí, soy yo. ¿Ah, sí...? No... Vaya, qué contrariedad. Comprendo. Sí, debe de tratarse de un malentendido. De acuerdo, me ocupo ahora mismo. Muchas gracias por llamar. Sí, sí, lo prometo. Que Dios bendiga a la Caja Rural.

Beatriz – ¿Algún problema?

Prudencia – Era el banco... Nos han devuelto uno de los cheques que emitimos...

Beatriz – ¿Qué cheque?

Prudencia – El que extendimos para pagar los estudios del joven Zinedine. Para que pueda sacarse el bachillerato en el colegio católico de Nuestra Señora.

Maricarmen – Es muy inteligente, pero lo han expulsado de todos los institutos públicos de la provincia.

Inés – Como no se saque el bachillerato, será otro que acabe de camello.

Juan Bernardo – O algo peor: futbolista.

Beatriz – Bueno, pues... Habrá que ingresar dinero en la cuenta.

Prudencia – ¿Pero qué dinero, madre Beatriz?

Beatriz – ¿No podríamos pedir... un pequeño préstamo?

Prudencia – Eso va absolutamente en contra de los principios de nuestra orden, madre. Además, ya hemos pedido dos, y me temo que la Caja Rural no nos concederá un tercero...

Inés – ¿Lo ve? Es urgente sanear las cuentas de la tienda.

Prudencia – Por desgracia, nuestra querida hermana tiene parte de razón...

Entran Anatolio y Victorina, mucho más animados que el día anterior.

Anatolio – ¡Buenos días!

Victorina – ¿Cómo están todos?

Maricarmen – Por lo que veo, ustedes están estupendamente...

Anatolio – ¡Ya lo creo! Estamos en plena forma. ¿A que sí, Victorina?

Victorina – Hacía años que no me encontraba tan bien. ¿Y sabéis una cosa?

Prudencia – ¿Qué?

Victorina – Me da que vuestro elixir milagroso tiene algo que ver.

Anatolio – Yo también estoy totalmente convencido.

Victorina – He dormido como una piedra y ya no me duele nada. Bueno, casi nada...

Anatolio – ¡Y también levanta el ánimo! ¡Estamos más contentos que unas pascuas! ¿A que sí, Victorina?

Victorina – Total, que vamos a llevarnos unas cuantas botellas más.

Maricarmen – Muy bien...

Coge dos botellas de una estantería.

Victorina – ¡Ah, no! De esa no. ¡De la nueva!

Prudencia – Verá, es que... *(Con tono publicitario.)* ¿Qué le parecería llevarse dos botellas de su licor de siempre por el precio de una?

Victorina – ¡De eso nada! Preferimos la fórmula nueva.

Inés – Ya lo ve, madre... Creo que valdría la pena...

Beatriz duda un momento y finalmente se decide.

Beatriz – Dadles una botella de vuestro nuevo elixir... Ya que habéis destilado unas cuantas... Sería un desperdicio tirarlas...

Inés – Sí, madre.

Anatolio – ¿Solo una? ¿No pueden ser dos?

Inés les tiende una botella.

Inés – Acabamos de empezar a producirlo. Hasta nuevo aviso, toca una botella por cada dos personas.

Victorina – Me recuerda a las cartillas de racionamiento de la guerra...

Anatolio – ¿Usted vivió la época de las cartillas de racionamiento, Victorina?

Victorina – No, hombre, ¡yo soy demasiado joven! Me lo contó mi madre...

Inés – Por ahora cuesta lo mismo que la fórmula antigua. Pero les aviso de que seguramente subirá un poquito de precio.

Anatolio – ¡Qué importa el precio de la botella, con tal de disfrutar de la borrachera! De momento nos llevamos esta. Y resérvenos una caja cuando tengan más.

Le entrega un billete.

Victorina – Muchas gracias y... ¡Feliz Navidad a todos!

Maricarmen – Eso sí, bébanlo con moderación...

Anatolio y Victorina se marchan riendo como colegiales. Beatriz mira a Inés, que sonríe de oreja a oreja.

Beatriz – Pero esto es solo una prueba...

Inés (*poniéndose seria*) – Por supuesto, madre...

Sale Beatriz.

Inés – Por si acaso, voy a preparar algunas botellas más, no vaya a ser que nos quedemos sin existencias si la prueba tiene éxito.

Prudencia – No se entusiasme tan pronto. Por ahora solo tenemos dos clientes.

Inés coloca las nuevas botellas en los estantes.

Maricarmen – ¿Sor Inés?

Inés – ¿Sí?

Maricarmen – Ya sé que la receta de este licor también debe ser secreta, pero al menos será legal, ¿no?

Inés – ¿Legal?

Maricarmen – Quiero decir... Que no pase como con la absenta, que estuvo prohibida en otros tiempos...

Inés – A mí lo que me preocupa es encontrar suficientes plantas para poder seguir fabricándolo.

Juan Bernardo – Quizá debería dedicarse a cultivarlas...

Inés – Anatolio y Victorina hacen buena pareja. ¿Están casados?

Juan Bernardo – Todavía no. Pero los dos son viudos. Es un buen comienzo.

Entran Fred y Sam, dos jóvenes con estética de raperos, que pueden ser chicos o chicas. Según las necesidades del reparto, también pueden fundirse en un solo personaje, que asumiría todas sus réplicas. Si solo aparece uno de los jóvenes, las réplicas que se dirigen a ambos se adaptarán al singular. Los presentes se sorprenden, poco acostumbrados a este tipo de clientela.

Maricarmen – ¡Bienvenidos, hijos míos! (*O «¡Bienvenido, hijo mío!» / «¡Bienvenida, hija mía!».*) Aquí estáis en vuestra casa. ¡Es la casa de Dios!

Fred – Gracias...

Fred y Sam recorren los estantes.

Maricarmen – ¿Buscáis algo en particular?

Juan Bernardo – A vuestra edad es normal plantearse preguntas sobre el sentido de la vida. El amor. La sexualidad.

Fred y Sam lo miran con incredulidad.

Maricarmen – La religión, y en particular la católica, puede ser una respuesta entre otras a esas inquietudes tan naturales.

Juan Bernardo – Si queréis, puedo recomendaros un par de libros. Tenemos una sección especializada.

Fred – En realidad, mi abuela me ha dicho que...

Prudencia – ¿Su abuela?

Fred – Victorina.

Maricarmen – ¡Ah, claro!

Sam – Me habló de un jarabe que vendéis aquí.

Juan Bernardo – ¿De verdad?

Fred – Bueno, es más bien como una poción. Me contó qué efectos tenía y...

Inés – ¿Os dais cuenta? ¡Ya está funcionando el boca a boca!

Prudencia – Pero no lo entiendo. Su abuela acaba de marcharse con una botella. No hace falta que le compre otra...

Fred – En realidad, la quiero para mí. Estoy empezando a resfriarme y...

Maricarmen – ¿Resfriarse? ¡Hay que ver!

Sam – Yo también tengo un poco de tos. A saber quién me la habrá pegado.

Sam finge toser.

Juan Bernardo – Una enfermedad de transmisión oral.

Fred – Dicen que ese licor que tenéis sirve para todo.

Maricarmen – Bueno, tampoco...

Prudencia – ¡Pero es que lleva alcohol!

Sor Inés saca una botella de la caja.

Inés – He preparado una versión sin alcohol para los niños...

Prudencia – Vaya... Piensa usted en todo...

Fred – Gracias, hermana, me salva la vida...

Inés – ¿Te la envuelvo? Quiero decir... ¿Te envuelvo la botella?

Fred – Eh... No, gracias, no hace falta.

Inés – Toma, aquí tienes.

Fred le da un billete a Inés.

Fred – Gracias... Seguro que me sienta de maravilla...

Inés – Aquí siempre seréis bienvenidos.

Fred – Ya me encuentro mucho mejor...

Sam – Bueno, pues... Gracias y... a lo mejor hasta pronto...

Maricarmen – Eso, eso... Hasta otra...

Fred y Sam se marchan con su botella.

Juan Bernardo – Aunque todavía no se hayan demostrado científicamente sus propiedades terapéuticas, si ese licor sin alcohol consigue acercar a las nuevas generaciones a la fe...

Maricarmen – Será otro milagro de Santa María-Juana.

Entran Ramírez y Sánchez, vestidos como policías de paisano. Al igual que los jóvenes que acaban de irse, pueden ser hombres o mujeres y también pueden fundirse en un único personaje.

Prudencia – Desde luego, el negocio empieza a recuperarse.

Ramírez y Sánchez se pasean entre las estanterías.

Sánchez – ¡Qué bonitas son estas velas! Para regalar en Navidad...

Prudencia – Son cirios con la imagen de la fundadora de nuestro convento, Santa María-Juana.

Ramírez – ¿Santa María-Juana? Vaya, vaya...

Maricarmen – ¿Es para regalar?

Ramírez le muestra la placa de policía.

Ramírez – Comisario Ramírez.

Prudencia – Todo el mundo es bienvenido en la casa del Señor. Incluso los policías...

Sánchez – Buenos días, hermanas.

Juan Bernardo – Supongo que en su profesión también les hará mucha falta el consuelo de la fe. Y más en estos tiempos tan revueltos.

Prudencia – Estamos aquí para escucharle, comisario.

Ramírez – En realidad, más bien venía a hacerles unas preguntas. Casi a confesarles a ustedes.

Maricarmen – ¡Vaya por Dios...!

Sánchez – Sospechamos que hay una plantación clandestina de marihuana en los montes de los alrededores.

Prudencia – ¿De marihuana?

Inés – Es una planta de la que se obtiene el hachís, hermana...

Prudencia – ¡Dios del cielo!

Ramírez – Esto parece Colombia. Cada cual monta su propia plantación ecológica. Si seguimos así, habrá que fumigar todo esto con napalm, como hacen los americanos por allí.

Juan Bernardo – Eso, si consiguen localizar el sembrado. Supongo que esos jardineros aficionados procuran no llamar la atención.

Sánchez – Precisamente a eso venimos. Como las hermanas conocen tan bien estos montes, hemos pensado que a lo mejor podían ayudarnos.

Prudencia – ¿Ayudarles?

Ramírez – Quizá hayan visto algo extraño por los alrededores.

Prudencia – Bueno, es que... ¿Drogas? ¡Si ni siquiera sabemos qué aspecto tienen!

Sánchez pone una fotografía delante de Prudencia.

Sánchez – Esta es una planta de marihuana. Y le aseguro que no es una especie que crezca de forma silvestre por esta zona.

Prudencia observa la foto con escepticismo.

Prudencia – Si alguien puede ayudarles es sor Inés. Pasa mucho tiempo recorriendo el monte en busca de hierbas.

Ramírez le enseña la fotografía a sor Inés. Ella la mira y se queda paralizada.

Ramírez – ¿Y bien, hermana? ¿Reconoce a la sospechosa? Tómese su tiempo y fíjese bien. Le recuerdo que es una planta buscada por la policía.

Inés se queda sin habla. Entra Beatriz.

Sánchez – ¿Está usted bien, hermana?

Prudencia – Sí, sí, está perfectamente... Solo que... Se me había olvidado por completo... Sor Inés es muda...

Sánchez – ¿Muda? Vaya por Dios...

Beatriz – Digamos más bien que... sor Inés ha hecho voto de silencio.

Prudencia – Eso es...

Ramírez – Comprendo... A nosotros también nos toca tratar muy a menudo con gente que hace voto de silencio... De todos modos, les dejo la foto, por si recupera milagrosamente el habla...

Beatriz coge la fotografía.

Beatriz – Soy la madre superiora de este convento. Pediremos a sor Inés que responda por escrito a su pregunta.

Ramírez – Muy bien, madre... Y si tienen alguna información interesante, llamarán a comisaría, ¿verdad?

Beatriz – Por supuesto. La Iglesia siempre ha sido amiga de la policía, gobierne quien gobierne.

Sánchez coge una botella del nuevo licor.

Sánchez – ¿Con qué se prepara este licor?

Prudencia – Con distintas plantas medicinales de la zona. La receta es un secreto que guardan desde hace siglos las hermanas encargadas de destilar nuestro precioso elixir.

Maricarmen – Precisamente por eso sor Inés hizo voto de silencio. Es la única que conoce la fórmula del Elixir de Santa María-Juana.

Ramírez – Ya veo... En nuestro argot eso se llama «omertá»...

Sánchez – Pues me llevo una botella. Total, daño no me hará.

Beatriz le quita rápidamente la botella de las manos.

Beatriz – Lo siento, esas ya están reservadas.

Sánchez – ¿Todas?

Inés – Se acerca la Navidad... Y nuestros fieles están muy enganchados a nuestros productos...

Maricarmen – Mejor llévese un cirio.

Le pone un cirio en la mano.

Sánchez – Bueno, pues un cirio... ¿Cuánto le debo?

Maricarmen – Invita la casa.

Beatriz – Que Dios bendiga a la policía.

Ramírez – Gracias, madre. Y perdone que hayamos alterado por un momento la paz de este convento. Es un lugar verdaderamente relajante. Les confieso que las envidio.

Beatriz – ¿De verdad?

Ramírez – En nuestro oficio se ven tantas cosas... No me importaría pasar mis últimos años en un monasterio, lejos de tanta violencia y tanto tráfico. Entre rostros amables, honrados y tranquilizadores...

Beatriz – En ese caso, antes tendría que renunciar a todas las tentaciones del mundo, comisario.

Ramírez – Ya... Probablemente eso sea lo que me impida dedicarme a la vida monástica.

Prudencia – Feliz Navidad, comisario.

Sánchez – Hasta muy pronto, hermana.

Salen Ramírez y Sánchez. Silencio incómodo.

Beatriz – Sor Inés... No me diga que ha echado marihuana al licor de Santa María-Juana.

Inés – Se lo juro ante Dios, madre. No tenía ni idea de que aquello fuera una droga.

Prudencia – Es una abominación. ¡Hasta hemos tenido que mentir a la policía!

Inés – Por omisión, hermana. Solo por omisión...

Maricarmen – Ahora comprendo los efectos alucinantes de ese elixir... Yo misma anoche estaba poseída por el demonio.

Juan Bernardo – ¿Poseída por el demonio? Espero que no lo diga por mí...

Inés – ¿Y ahora qué hacemos?

Beatriz – ¿Cómo que qué hacemos? ¡Pues detenerlo todo, naturalmente!

Juan Bernardo – Desde luego, Jesús no dijo: «Tomad y fumad todos de él».

Inés – Pero sí dijo: «Tomad y bebed todos de él»... Y estamos hablando de un licor.

Maricarmen – A fin de cuentas, en misa también se bebe vino, pero... solo se hace con uvas. No con resina de cannabis.

Prudencia – ¡Sacrilegio! ¿Qué opina, madre?

Beatriz – Destruyamos en el fuego ese elixir diabólico.

Inés – Por supuesto...

Prudencia – No vamos a convertir este sagrado convento en un laboratorio clandestino.

Inés – Desde luego... Aunque, por otra parte...

Beatriz – ¿Qué pasa ahora?

Inés – Podríamos interpretarlo como una señal que nos envía Dios.

Beatriz – No me dirá que ha vuelto a ver a la Virgen. Deje de beber licor, hermana...

Prudencia – ¿Una señal, dice?

Inés – Santa María-Juana, marihuana... Reconocerá que la coincidencia es inquietante.

Beatriz – ¿Qué quiere decir?

Inés – El convento está al borde de la quiebra...

Beatriz – ¡Pero es una droga!

Inés – Una droga blanda, madre. ¿No dijo Marx que la religión era el opio del pueblo?

Beatriz – No creo que lo dijera para animar a la gente a ir más a misa.

Prudencia – Además, hermana, en la casa de Dios solemos citar la Biblia más que El capital.

Inés – Creo que Santa María-Juana ha querido echarnos una mano.

Prudencia – ¿Combatir los cultivos de adormidera en Colombia cultivando marihuana aquí? ¡Sería el colmo!

Inés – Podríamos decir que estamos trayendo la producción de vuelta a casa.

Prudencia – Esperamos su decisión, madre Beatriz.

Beatriz – Les confieso que ya no sé qué pensar. Desde que me dieron a beber ese brebaje, no tengo las ideas muy claras...

Prudencia (*santiguándose*) – Jesús, María y José...

Beatriz – Maricarmen, usted siempre da buenos consejos...

Maricarmen – Llegados a este punto, creo que no hay necesidad de precipitarse... Démonos un tiempo para reflexionar... Al menos hasta que se disipen los efectos de ese licor satánico...

Beatriz – Voy a rezar al Señor ahora mismo. Espero que se digne iluminarme...

Sale Beatriz. Regresan Anatolio y Victorina. Se han cambiado de ropa y ahora llevan atuendos mucho más informales y primaverales, como si fueran a irse de vacaciones.

Anatolio – Tengo una gran noticia que darles.

Juan Bernardo – ¿Le ha tocado la lotería?

Anatolio – Mucho mejor. ¡Vamos a casarnos!

Maricarmen – ¡Pero qué maravilla!

Victorina – Sí. No sé qué nos ha pasado. Desde hace unas horas, siento que estoy empezando una nueva vida.

Anatolio – Creo que se debe a ese elixir milagroso. Por cierto, si tienen existencias, me llevo dos o tres cajas.

Prudencia – ¿Dos o tres cajas?

Victorina – Lo dimos a probar a nuestros amigos del centro de mayores y ha sido una locura.

Anatolio – Una auténtica pasada. Todo el mundo quiere una botella para Navidad.

Inés – Es que... Hemos suspendido la producción.

Anatolio – ¿Suspendido la producción? ¿Y eso por qué?

Inés – Bueno... Parece que este licor no ofrece todas las garantías sanitarias...

Victorina – ¿Garantías sanitarias?

Anatolio – ¡Pero mírenos! ¡Estamos que nos salimos!

Inés – Todavía no estamos seguras, pero...

Maricarmen – Hay que ser prudentes. Podría tener efectos perjudiciales a largo plazo.

Anatolio – Mire, para nosotros el largo plazo... siempre va a ser perjudicial.

Victorina – Lo que sí sabemos es que ahora mismo nos sienta de maravilla.

Anatolio – ¡En el centro lo llaman el licor de la risa!

Inés – ¿Ah, sí? ¿El licor de la risa?

Inés se echa a reír a carcajadas, pero se detiene al comprobar que todos la miran.

Juan Bernardo – No se preocupen, es que se cayó en la marmita cuando era pequeña...

Victorina – No, pues se van a llevar un disgusto. Un disgusto tremendo.

Anatolio – Todos estábamos deseando brindar juntos con una copita para celebrar el Año Nuevo.

Victorina – ¿Por qué negarles ese pequeño consuelo a unos ancianos que están al final de su vida?

Anatolio – Pobres viejos que cuando celebran la Nochevieja nunca saben si llegarán a ver el Año Nuevo.

Todos miran a Prudencia.

Prudencia – Dadles una botella para que dejen de hacer teatro. Pero es la última. ¡Y ni una palabra a la madre superiora!

Inés les da una botella. Anatolio y Victorina están en el séptimo cielo.

Victorina – Gracias, hermana.

Anatolio – Dios se lo pague.

Inés – Hasta que Dios me pague, pase por caja.

Anatolio pone un billete en la mano de Inés.

Inés – ¡Pero esto es muchísimo más de lo que cuesta!

Anatolio – Lo que sobra es para vuestras buenas obras.

Victorina – ¡Feliz Navidad!

Salen Anatolio y Victorina. Silencio incómodo.

Juan Bernardo – Por otra parte, todavía no se ha demostrado que este licor sea tóxico.

Maricarmen – Y si a ellos les hace bien...

Inés – Además, el cannabis tiene aplicaciones terapéuticas.

Prudencia – ¿Qué aplicaciones?

Inés – Por ejemplo, en pacientes de cáncer en fase terminal.

Prudencia – ¡Anatolio y Victorina no están en fase terminal! ¡Van a casarse!

Maricarmen – Puede que sea precisamente por culpa de esa droga. ¡Imagínese que, cuando se les pase el efecto, descubren que han cometido una locura!

Juan Bernardo – No todos los que se casan lo hacen bajo los efectos de las drogas. Aunque yo exigiría una prueba de alcoholemia antes de cualquier boda.

Prudencia – Bueno... Vendamos las existencias que ya ha preparado sor Inés. Si por lo menos nos sirven para tapar el agujero de la cuenta bancaria...

Inés – Eso es hablar con sensatez, hermana...

Prudencia – No estaría yo tan segura... Pero después volvemos a la fórmula tradicional.

Inés – Lo prometo.

Maricarmen – De todos modos, queda una cuestión.

Juan Bernardo – ¿Cuál?

Maricarmen – Alguien habrá plantado esa marihuana.

Prudencia – Sí, eso es precisamente lo que decían los policías.

Maricarmen – Y a esos cultivadores clandestinos no creo que les haga mucha gracia que les hayamos robado la cosecha...

Inés – Pero, por otra parte, sigue siendo droga.

Juan Bernardo – ¿Y qué?

Inés – Robarle la droga a unos traficantes... ¿No es una buena obra?

Maricarmen – No cuando se la robas para venderla por tu cuenta.

Inés – Pero nosotras la vendemos por cuenta de Dios.

Juan Bernardo – Así que seríamos como Robin Hood, que robaba a los pobres para dárselo a los ricos.

Todos lo miran con escepticismo.

Entran Ben y Jo, dos traficantes de poca monta, que pueden ser hombres o mujeres y también fundirse en un único personaje.

Maricarmen – Desde luego, hoy no paramos de recibir visitas...

Inés – ¿Puedo ayudarles?

Ben le planta delante de la nariz una ramita de lo que parece cannabis.

Ben – ¿Qué le parece que es esto? ¿Hierbas provenzales?

Prudencia – Ah, ¿también son de la policía? Sus compañeros estuvieron aquí hace un momento.

Jo – De policía, nada.

Inés – Entonces, ¿qué hace con esa hierba? ¿No sabe que está prohibida?

Ben – Yo cultivo paraísos artificiales y no me gustan nada los que van por ahí segando cosechas ajenas...

Maricarmen – Ah, ya...

Ben – ¿Por casualidad saben algo del asunto?

Prudencia – ¿Pero qué les hace pensar que...?

Ben vuelve a ponerle la ramita delante de la nariz.

Jo – Esta ramita la hemos encontrado delante del cobertizo donde tienen montado el alambique...

Prudencia – ¡Pero ustedes no tienen derecho! ¡Este convento es un lugar sagrado!

Ben – ¿Sagrado? ¡Destilan marihuana robada a unos cultivadores honrados y encima me dan lecciones de moral!

Maricarmen – Solo es un pequeño malentendido...

Prudencia – Sor Inés confundió esa mala hierba con dientes de león.

Jo – ¿Ah, sí? ¡Pues vais a criar marihuana en vez de malvas, ya veréis!

Juan Bernardo – De verdad, lo sentimos muchísimo. Pero entre personas razonables seguro que podemos llegar a un acuerdo que satisfaga a todos, ¿no les parece? Al fin y al cabo, somos gente civilizada...

Inés – Además, no sabíamos que aquel cultivo tuviera dueño.

Prudencia – En cualquier caso, la policía está buscando esa plantación clandestina y tarde o temprano la encontrará.

Jo – ¿Les habéis dicho dónde está?

Prudencia – Todavía no...

Ben se calma un poco.

Ben – A lo mejor sí podemos arreglarnos. Al fin y al cabo, nos dedicamos más o menos a lo mismo...

Prudencia – ¿A lo mismo?

Jo – Nosotros también intentamos repartir felicidad entre la gente...

Maricarmen – ¿Y qué proponen?

Ben – ¿Un huerto compartido?

Juan Bernardo – Supongo que con eso de «huerto compartido» no se refieren a cultivar tomates, ¿verdad?

Jo – Vosotras guardáis el secreto, nosotros nos encargamos del cultivo y os damos una parte de la cosecha.

Inés – ¿Cuánto?

Ben – El diez por ciento.

Inés – No parece descabellado, ¿verdad? El diezmo. Diez por ciento. Lo que los campesinos debían pagar a la Iglesia en la Edad Media para financiar sus obras.

Prudencia – ¡Pero los campesinos de la Edad Media no cultivaban hachís!

Inés – Por lo menos no será transgénico, ¿verdad?

Jo – Es libanés. Cien por cien ecológico.

Prudencia (*santiguándose*) – ¡Señor, Dios mío!

Ben – Eso sí, sería estupendo que nos consiguierais un sitio más discreto.

Maricarmen – ¿Para qué?

Jo – ¡Para cultivar nuestro pequeño paraíso artificial! Un huerto de monasterio... Un huerto de cura, por ejemplo.

Inés – ¿Os serviría el claustro?

Ben – Siempre que no haya demasiada sombra. Estas plantas necesitan mucho sol.

Prudencia (*desolada*) – Lo estudiaremos... Comprenderán que una decisión de esta envergadura...

Jo – Y ni se os ocurra llamar a la policía.

Inés – No se preocupen, nos obliga el secreto de confesión.

Ben – Aunque tengo una pregunta que hacerles.

Prudencia – ¿Sí?

Ben – ¿Qué coño hacéis con toda esa hierba?

Prudencia – Ya le he dicho que ha sido un error...

Inés – Licor. Hacemos licor.

Jo coge una botella y la examina.

Jo – Elixir de Santa María-Juana...

Ben – Pues mira... Me quito el sombrero...

Jo – ¿Sabéis que eso podría venderse de maravilla en el extranjero?

Inés – No es ninguna tontería... No solo podríamos saldar el descubierto del convento, sino que también contribuiríamos a mejorar la balanza comercial de España.

Prudencia – Ya sé que ha estudiado en ESADE, sor Inés, pero nuestro convento no es una empresa emergente ni un coffee shop.

Maricarmen – Y os recuerdo que cultivar marihuana para venderla y traficar con ella está prohibido por la ley.

Juan Bernardo – De momento, al menos...

Vuelven Anatolio y Victorina.

Ben – Bueno, nos vamos... Veo que tenéis clientes... Pensad en nuestra propuesta.

Salen Ben y Jo.

Prudencia – Ni una palabra a la madre superiora, que le daría algo... Y a la policía tampoco, claro. *(En tono inquietante.)* Vamos a resolver esto entre nosotros, a nuestra manera...

Juan Bernardo – Me está dando miedo, sor Prudencia... Espero que no esté pensando en recurrir a la violencia. Algo como homicidio premeditado y entierro exprés bajo las losas del claustro.

Prudencia – No, si podemos evitarlo, tranquilícese. De momento voy al banco para solucionar ese pequeño problema del descubierto...

Inés – La acompaño, hermana. En ESADE también nos enseñan a susurrar al oído de los banqueros.

Salen Prudencia e Inés.

Anatolio – Maricarmen, vuestro licor es verdaderamente alucinante.

Maricarmen – ¡No se lo habrán bebido ya todo!

Anatolio – No, pero en nuestro centro de mayores se han enganchado de verdad.

Victorina – Es como una droga, se lo aseguro. Veníamos a ver si la producción iba a buen ritmo.

Anatolio – Es que nos han hecho unos cuantos encargos, ¿comprende?

Victorina – ¡Pero sin sacar beneficio, eh! Que nosotros no somos traficantes...

Anatolio – No pueden pasar sin él. La mayoría incluso han dejado de tomar sus tranquilizantes habituales.

Juan Bernardo – Como sigamos así, además de sanear las cuentas del convento, vamos a solucionar el déficit de la Seguridad Social.

Maricarmen – Tomen, una última botella y márchense de una vez.

Anatolio pone un billete en la mano de Maricarmen y se lleva la botella.

Anatolio – ¡Gracias, hermana!

Maricarmen – Me llamo Maricarmen.

Anatolio – ¡Gracias, sor Maricarmen!

Salen Anatolio y Victorina.

Maricarmen – Creo que nosotros también nos hemos ganado una copita, para recuperarnos del susto...

Sirve dos copitas.

Juan Bernardo – Pero sin pasarnos. Hay que ir poco a poco si queremos evitar una sobredosis.

Maricarmen – No se preocupe, es una droga blanda. Si no, no se vendería libremente en un convento.

Juan Bernardo – Tiene razón. Dios no lo permitiría.

Se beben sus copas de un trago.

Maricarmen – ¡Qué bien entra...!

Juan Bernardo – Sí.

Maricarmen – Queda entre nosotros, por supuesto.

Juan Bernardo – Por supuesto.

Maricarmen – ¿Otra copita?

Juan Bernardo – ¡Venga! No tiene nada de malo darse una alegría.

Ella sirve las dos copas, que vuelven a vaciar de un trago.

Maricarmen – Esto me recuerda a la ley seca...

Juan Bernardo – ¿Usted vivió la ley seca?

Maricarmen – ¡Que es broma!

Juan Bernardo – Claro... La ley seca fue mucho antes que las cartillas de racionamiento. Ya me extrañaba a mí, si usted es más joven que Victorina.

Los dos se echan a reír.

Juan Bernardo – ¿Y si nos casáramos nosotros también?

Maricarmen – ¿Habla en serio o bajo los efectos de la droga?

Juan Bernardo – Mi droga es usted, Maricarmen...

Intenta besarla. Ella apenas se resiste.

Maricarmen – Vamos, Juan Bernardo... ¡Qué locuelo!

Los sorprende el regreso de Fred y Sam (o de uno de ellos). Maricarmen se arregla un poco la ropa.

Maricarmen – Disculpad, estábamos quitando un poco el polvo...

Juan Bernardo – Buenos días, buenos días... ¿Ya estáis mejor?

Fred – Mucho mejor. Parece que el resfriado está remitiendo.

Sam – Un auténtico milagro... Seguramente gracias a vuestro elixir...

Fred – ¿Nos podríais dar una o dos botellas más?

Sam – Como no lleva alcohol...

Fred – Son para mis amigos del instituto...

Maricarmen – ¿Vuestros amigos?

Juan Bernardo – ¿También están enfermos?

Sam – Ya sabéis cómo son las enfermedades de transmisión oral. Creo que he contagiado a toda la clase.

Regresa Prudencia.

Prudencia – ¿Todo bien?

Juan Bernardo – Sí, sí...

Maricarmen pone discretamente una botella en manos de Fred.

Maricarmen (*aparte, a Fred*) – Coged esto y desapareced...

Fred – Dios se lo pague, hermana.

Maricarmen – No soy monja y dudo mucho que Dios me vaya a apuntar esto en el haber...

Juan Bernardo – Son treinta euros, de todos modos.

Sam – ¿Treinta euros?

Maricarmen – ¿Qué queréis que os diga? Todo sube. Es la ley de la oferta y la demanda.

Fred le entrega un billete a Juan Bernardo.

Juan Bernardo – Ahora largaos de aquí, panda de drogadictos.

Salen Fred y Sam. Juan Bernardo mete el billete en la caja.

Maricarmen – Bueno, ¿qué tal ha ido en la Caja Rural?

Prudencia – Inés ha conseguido que nos amplíen el límite de descubierto tras explicarles el plan de negocio.

Maricarmen – No sabía que tuviéramos uno.

Prudencia – Yo tampoco, para serle sincera. Ni siquiera he entendido muy bien en qué consiste.

Maricarmen – En cualquier caso, con lo que hemos vendido hoy ya podemos tapar una parte del agujero.

Prudencia – Gracias a Dios.

Juan Bernardo – Y a Santa María-Juana...

Regresan Ben y Jo.

Ben – Acabo de cruzarme con mis distribuidores del instituto. Ya no quieren comprarnos cannabis.

Juan Bernardo – Si los jóvenes están abandonando las drogas, es motivo de alegría.

Jo – Ahora lo que quieren es jarabe.

Maricarmen – Ah... Ya entiendo...

Ben – Si perdemos a los clientes de los institutos, nos vamos a la ruina, ¿comprendéis? Nosotros también tenemos gastos.

Juan Bernardo – Le entiendo. Yo también me dediqué a los negocios hace años.

Jo – Y no hablemos de las residencias de mayores.

Maricarmen – ¡No me diga que también tienen clientes en las residencias!

Jo – ¿Qué se cree? Los viejos de ahora no son los de antes. Ahora son los de la generación del Mayo del 68...

Maricarmen – ¿Y en esas residencias permiten que los ancianos se droguen sin decir nada?

Ben – El cannabis es como la religión. Mucha gente vuelve a él cuando se hace mayor. Ya sabemos que no les conviene demasiado, pero pensamos que si les da un poco de consuelo...

Jo – ¡Pues ahora, nada de nada!

Ben – Y eso que las Navidades suelen ser nuestra temporada alta.

Juan Bernardo – Es una época tan deprimente...

Jo – Justo cuando nuestros mayores necesitan algo que les levante el ánimo, sea legal o no... Y como los médicos todavía no pueden recetarles un porro con el desayuno, la comida y la cena... Nosotros no les pedimos receta, ¿entiende?

Juan Bernardo – Hay que reconocer que un porrito de vez en cuando no es mucho peor para ellos que los antidepresivos. Y tampoco mucho más adictivo.

Ben – Ya... Pero parece que desde esta mañana nuestros jubilados han dejado de fumar hierba para pasarse a cierto elixir conventual.

Maricarmen – Lo siento muchísimo. Pero tranquilos, vamos a suspender definitivamente la producción...

Ben – ¿Y si nos asociamos?

Prudencia – ¿Nos están proponiendo una asociación ilícita?

Jo – ¡No hace falta ponerse así!

Juan Bernardo – ¿Qué clase de asociación?

Ben – Bueno... No solo para el cultivo, sino también para transformar el producto.

Maricarmen – ¿Transformarlo?

Jo – Todo lo que se fuma tiene hoy muy mala prensa. Las campañas antitabaco, la prohibición de fumar en lugares públicos... Nos han hecho mucho daño.

Ben – Hoy, en las residencias, los ancianos tienen que esconderse para fumar, como críos.

Jo – Y también hay que pensar en los drogadictos que no fuman.

Ben – Juntos podríamos desarrollar una línea completa de nuevos productos. Sin riesgos para los pulmones y agradables al paladar. La idea sería hacer con el cannabis lo que los bodegueros hacen con la uva.

Juan Bernardo – Cannabis con cuerpo y buen paso por boca, por así decirlo. Y una gama de pastelitos especiales para acompañarlo como aperitivo.

Jo – Todo bajo la protección de Santa María-Juana, naturalmente.

Ben – Imaginad que el cannabis se legaliza dentro de un par de años. Tendríamos ventaja para inundar el mercado.

Jo – Os apuesto lo que queráis a que vuestro conventito podría generar más ingresos que el Vaticano.

Ben – En cinco años, la filial compra a la empresa matriz. En diez, vendéis el negocio como Bill Gates y creáis vuestra propia fundación.

Jo – Y en seis meses solucionáis el hambre en el mundo. Creedme, haréis más que la madre Teresa. O multiplicando los panes, como Jesús.

Ben – Hermanas, ¡creo que me habéis devuelto la fe!

Jo – Y con todo esto, ¡que me ahorquen si no acaba beatificada! ¿Cómo se llama usted, hermana?

Prudencia – Prudencia.

Ben – ¿Qué le parecería que la llamáramos santa Prudencia?

Prudencia – Creo que me voy a desmayar...

Regresan Ramírez y Sánchez. Ben y Jo se refugian al otro extremo de la tienda.

Ramírez – Señoras, señores... ¿No está la madre superiora?

Maricarmen – ¿Qué quiere de ella?

Sánchez – Nuestros perros policía nos han llevado por fin hasta la plantación de marihuana.

Maricarmen – ¿De verdad?

Ramírez – Ya habían recogido la cosecha, pero hemos podido identificar las raíces.

Sánchez – Ahora nos falta encontrar a los cultivadores aficionados... y la cosecha.

Juan Bernardo – No estará acusando a unas monjas de tráfico de drogas, ¿verdad?

Ramírez – No, por supuesto. Aunque... Miren esto. Son imágenes de las cámaras de vigilancia que habíamos escondido... Resultan bastante inquietantes, ¿no creen?

Sánchez – Al parecer, los traficantes se disfrazan de monjas para que no los reconozcan...

Maricarmen – ¡Dios mío!

Sánchez – Aun así, hemos conseguido elaborar un retrato robot.

Le pone el retrato delante de la nariz.

Ramírez – ¿Le suena de algo?

Maricarmen – Pues no, la verdad...

Ramírez – Avisen a las hermanas de que nuestra paciencia tiene un límite. También podría llevarlos a todos a comisaría para interrogarlos.

Sánchez – Unas monjas esposadas darían muy mala imagen ante el Altísimo...

Entra Beatriz.

Beatriz – No tenemos miedo de sus leyes, señores. Durante la Guerra Civil, este convento dio refugio a personas perseguidas.

Ramírez – Buscamos a unos traficantes que cultivaban marihuana en el monte. No estamos hablando de héroes que se jugaban la vida durante la guerra, ¿no?

Beatriz – Salgan inmediatamente de aquí. Este convento es un lugar consagrado. Y un lugar de asilo.

Ramírez – Volveremos, madre. Solo estoy esperando la autorización judicial, que puede llegar en cualquier momento.

Salen Ramírez y Sánchez.

Ben – Gracias por no decir nada...

Beatriz – Eso no significa que aprobemos lo que hacéis.

Jo – Entre nosotros, vosotras hacéis exactamente lo mismo.

Beatriz – Pero nosotras lo hacemos por una buena causa... *(Les entrega dos hábitos de monja.)* De momento, para que la policía no os reconozca, id ahí detrás y poneos esto. Y si os interrogan, decid que habéis hecho voto de silencio.

Se produce un momento de desconcierto tras esta última frase.

Jo – ¿Cómo que digamos que hemos hecho voto de silencio...?

Ben – Si hemos hecho voto de silencio, no podemos decir que hemos hecho voto de silencio.

Beatriz se queda desconcertada un instante antes de responder.

Beatriz – ¡Largaos de aquí!

Salen Ben y Jo.

Maricarmen – ¿De verdad este convento dio refugio a gente durante la Guerra Civil? No lo sabía...

Beatriz – Bueno, he adornado un poco la realidad. En realidad, fue después de la Guerra Civil. La madre superiora de entonces escondió a unas mujeres para evitar que las raparan en represalia...

Juan Bernardo – Y a unos cuantos del bando contrario para evitar que acabaran ante un pelotón de fusilamiento, supongo...

Beatriz – ¿Y qué más da? ¡Este convento sigue siendo un lugar de asilo!

Maricarmen parece perpleja. Regresa Inés.

Beatriz – ¡Ah, ahí está, sor Inés! La policía acaba de marcharse. Milagrosamente hemos evitado lo peor.

Inés – Lo sé. Yo misma he segado toda la plantación para que no hubiera problemas con la policía.

Maricarmen – ¿Y dónde está la cosecha?

Inés – En el cobertizo donde destilo nuestro elixir...

Juan Bernardo – ¡Pero eso es una locura! ¡Esos policías pueden volver con una orden de registro en cualquier momento!

Regresan Ben y Jo, vestidos de monjas.

Inés – Buenos días, hermanas. Bienvenidas a nuestro convento.

Ben – ¡Eh! ¡Que yo no quiero acabar en un convento!

Prudencia – Yo, en vuestro lugar, me escondería una temporadita, hasta que pase el temporal...

Juan Bernardo – En cualquier caso, el hábito os sienta estupendamente.

Beatriz – Y el convento siempre necesita voluntarios.

Maricarmen – Les cedería mi puesto en la tienda, pero sería poco discreto...

Beatriz – Podrían ocuparse de nuestro huerto de plantas medicinales. Por lo visto, tienen muy buena mano con las plantas...

Prudencia – ¿Y por qué no...?

Beatriz – Mientras tanto, sor Inés, deles una celda. No pueden quedarse aquí.

Jo – ¿Una celda, ha dicho?

Inés – No se preocupen: en la celda que les asigne, dejaré la llave puesta por dentro.

Ben y Jo salen con sor Inés.

Prudencia – ¿De verdad piensa ponerlos a cultivar droga en el huerto del claustro?

Beatriz (*sorprendida*) – ¿Eso he dicho yo?

Regresan Sánchez y Ramírez. Ramírez le pone un documento delante de la nariz a Beatriz.

Ramírez – Ya está. Esta vez tenemos una orden judicial.

Beatriz – Estamos dispuestas a colaborar plenamente con la policía. Pero antes, sor Inés, sírvales una copita de bienvenida.

Inés – Sí, madre.

Beatriz – Os dejo. Rezaré por vosotros.

Sale Beatriz.

Inés – Me gustaría que probaran nuestra especialidad: el célebre Elixir de Santa María-Juana.

Ramírez – Muy amable, pero tenemos trabajo.

Maricarmen – Es nuestra costumbre recibir así a las visitas, señor comisario. Las hermanas se sentirían muy ofendidas si lo rechazara...

Ramírez – Bueno, está bien, pero rapidito...

Sor Inés les sirve un buen vaso de licor. Primero beben con cierta desconfianza, después con evidente placer.

Sánchez – Ah, sí... Esto es de lo bueno.

Ramírez – ¡Qué curioso...! Me sabe un poco a...

Inés – Lo lleva...

Prudencia – Es un elixir milagroso cuyo secreto fue revelado a la fundadora de nuestra orden por la mismísima Virgen.

Juan Bernardo – Sirve para todo.

Inés – Les voy a servir otra copita.

Ramírez se dispone a protestar, pero los vasos ya están llenos.

Ramírez – Bueno...

Sánchez – Gracias, hermana.

Vuelven a beber.

Ramírez – La verdad es que relaja mucho.

Prudencia – De ahí, como habrán observado, la serenidad que reina en este convento.

Sánchez – Ah, sí... Me siento muchísimo más tranquilo.

Ramírez – Bueno, ahora, si me disculpan, tengo que efectuar un registro...

Se dirigen hacia la salida con paso vacilante.

Prudencia – Los acompaño.

Inés – Voy con usted, hermana.

Salen Ramírez y Sánchez, seguidos de Prudencia e Inés.

Maricarmen – Todo está perdido. Me temo que vamos a acabar todos en la cárcel.

Juan Bernardo – Ya solo nos queda rezar.

Maricarmen – Supongo que las cárceles no son mixtas.

Juan Bernardo – Igual que los conventos, me temo.

Maricarmen – Entonces no hay ninguna posibilidad de que acabemos en la misma celda.

Juan Bernardo – Ninguna.

Maricarmen – ¡Pues bésame, Juan Bernardo!

Él la besa. La cosa iría a más si no regresaran Ben y Jo, todavía vestidos de monjas.

Ben – Acabamos de cruzarnos con la policía. Creo que esta vez estamos perdidos.

Maricarmen – Con un poco de suerte no encontrarán nada. Sor Inés ha colocado al comisario.

Jo – Ya, pero hay un montón enorme de hierba justo al lado del alambique. Aunque vayan completamente colocados, no pueden dejar de verlo.

Maricarmen – Entonces solo nos queda rezar. Y confiar en un milagro...

Maricarmen y Juan Bernardo se ponen a rezar. Ben y Jo dudan unos instantes y luego los imitan. Música sacra y cambio de iluminación que sugieren el paso del tiempo. Regresan Ramírez y Sánchez.

Ramírez (a Ben y Jo) – Buenos días, hermanas. Perdonen que las interrumpamos en plena oración.

Ben y Jo esconden sus rostros tras los velos y no contestan.

Maricarmen – Ellas también han hecho voto de silencio...

Ramírez – Comprendo... En cualquier caso, les ruego que acepten nuestras disculpas. Hemos registrado el convento de arriba abajo y no hemos encontrado nada.

Sánchez – Eso sí, el belén que tienen en la capilla es precioso.

Ramírez – Les dejo el retrato robot de los sospechosos. Si los ven por aquí, avísennos.

Sánchez – Feliz Navidad. Y perdonen una vez más.

Salen Ramírez y Sánchez. Entra Beatriz con Prudencia e Inés.

Inés – ¡Es un milagro! Cuando llegamos a la destilería...

Maricarmen – ¿Qué pasó?

Prudencia – La marihuana se había convertido en hojas de laurel.

Maricarmen – ¡Demos gracias a Santa María-Juana!

Inés – Es la señal que esperábamos, la prueba de que la santa no se opone a nuestra empresa.

Beatriz – No os emocionéis tan deprisa. Ese milagro lo he hecho yo.

Juan Bernardo – Entonces es usted quien merece ser beatificada, madre.

Beatriz – El belén estaba adornado con ramas de laurel. Y en la destilería había un montón de hierba. Simplemente he cambiado una cosa por la otra.

Inés – Ah, sí... Eso... Eso también está bien...

Prudencia – Un belén de Navidad adornado con marihuana...

Beatriz – Es provisional, hermana... Y ahora espero que todo vuelva a su sitio.

Inés – ¿Quiere decir que...?

Beatriz – Me ha oído perfectamente, sor Inés. Ni una pizca más de cannabis en el licor. Volvemos a la receta de siempre.

Inés – ¿Aunque el convento tenga que declararse insolvente?

Beatriz – No se preocupe, hija mía. La Iglesia católica sobrevivirá. Ha pasado por cosas peores. Si hace falta, convertiremos las celdas en habitaciones para huéspedes y nosotras nos iremos a dormir a un hotel.

Inés parece decepcionada, pero resignada.

Ben – Perdona, madre, por haberle causado tantos problemas.

Jo – He comprendido muchas cosas desde que me puse este hábito, ¿sabe...?

Beatriz – Te perdono, hijo mío. Y, además, esto me ha recordado mi juventud, cuando me enfrentaba a los grises junto al padre Llanos.

Ben – Gracias por no entregarme a la policía. Sin usted, ahora mismo estaría en la cárcel. Así que si puedo serles útil de algún modo...

Beatriz – Ya lo pensaremos, hijo mío... De momento, vuelve a tu celda.

Oscuro.

La calma ha vuelto a la tienda. Detrás del mostrador, Prudencia repasa las cuentas. Suena el teléfono.

Prudencia – Convento de Santa María-Juana, dígame... ¿La Caja Rural? Ah, buenos días, señor director. No me diga que volvemos a estar en números rojos... ¿Al contrario? ¡Qué alegría! No, todavía no se nos había ocurrido invertir nuestro excedente de tesorería... Muy bien... Eso es... Perfecto... Hablaré con la madre superiora y concertaremos una cita con su asesor patrimonial para aprovechar sus nuevas oportunidades de inversión... Muchas gracias por llamar... Que Dios bendiga a la Caja Rural. *(Cuelga mientras entra Inés con una caja de cirios.)* Qué curioso... Hemos vuelto a la fórmula antigua y, sin embargo, seguimos vendiendo mucho más elixir que antes.

Inés – Es porque le hemos cambiado la etiqueta. Los clientes creen que la botella sigue conteniendo la fórmula nueva.

Prudencia – Y parece que con eso basta para que se pongan contentísimos.

Inés – Creo que es lo que llaman el efecto placebo.

Prudencia – Ya se sabe: ¡qué importa la borrachera, con tal de tener la botella!

Inés – He venido a despedirme, sor Prudencia...

Prudencia – ¿Ya nos deja?

Inés – Sí. He decidido renunciar a la vida monástica...

Prudencia – ¿Otra aparición de la Virgen?

Inés – Más bien lo contrario. Cuando se enteraron de que había entrado en el convento, mis compañeros de ESADE me confesaron que me habían gastado una broma pesada. Justo antes de aquella famosa clase de gestión de la innovación en la que se me apareció la Virgen, me habían servido, sin que yo lo supiera, una pizza con setas alucinógenas.

Prudencia – ¿Setas alucinógenas?

Inés – De ahí aquella aparición milagrosa de la Virgen, seguramente...

Prudencia – ¡Dios santo! En cualquier caso, le debemos muchísimo. Gracias a usted, la economía del convento es ahora más que próspera.

Inés – Gracias, hermana.

Prudencia – La echaremos de menos, sor Inés. Aunque creo que su lugar no estaba en un convento...

Inés – Yo también os echaré de menos. ¡Pero vendré a visitaros de vez en cuando!

Llegan Maricarmen y Juan Bernardo, vestidos de manera mucho más informal que antes.

Prudencia – Buenos días, Maricarmen. Buenos días, Juan Bernardo. Entonces, ¿para cuándo la boda?

Juan Bernardo – Verá... De momento hemos decidido renunciar a ella. Así que seguiremos viviendo en pecado, ¿verdad, cariño?

Maricarmen – El matrimonio puede tener sus riesgos, eso está claro.

Juan Bernardo – Fíjese en la pobre Victorina. Recién casada y ya viuda. Desde luego, a Anatolio el matrimonio no le sentó nada bien.

Maricarmen – Quizá fue una sobredosis de felicidad.

Juan Bernardo – En cualquier caso, no pienso terminar como él.

Prudencia – Pero, hombre, usted es mucho más joven que Anatolio, Juan Bernardo...

Risas generales.

Maricarmen – Bueno, ¿qué? Parece que vuelve a funcionar el negocio, sor Prudencia.

Prudencia – Así es. Resulta absolutamente alucinante. No solo se han disparado las ventas del elixir, ¡sino que ahora también se venden los cirios como churros!

Inés – Aquí tenéis más para reponer los estantes. Los he fabricado esta mañana con nuestros dos nuevos voluntarios, que me sustituirán en la destilería...

Prudencia – ¿Les ha confiado a esos dos traficantes el secreto de Santa María-Juana?

Inés – Creo que podemos fiarnos de ellos, hermana. ¡El que nunca haya fumado que les tire el primer porro!

Prudencia – A esos dos no se les ve mucho al aire libre. Y no les faltan motivos para pasar desapercibidos.

Juan Bernardo – En cualquier caso, aquí están mejor que en la cárcel.

Inés – Ellos fabrican estos cirios aromáticos con unas setas que cultivan en secreto en las catacumbas del convento. Ya veréis, ¡son la bomba!

Maricarmen – Desde luego, desprenden un aroma embriagador.

Juan Bernardo – Voy a encender otro ahora mismo.

Juan Bernardo enciende un cirio y todos aspiran su aroma con deleite.

Prudencia – ¡Qué bien huele!

Maricarmen – Huele a santidad.

Juan Bernardo – Pues desde que los encendemos durante la misa, la iglesia está siempre llena.

Entra Beatriz y oye esta última frase.

Beatriz – Otro milagro de Santa María-Juana...

Beatriz se santigua. Todos quedan inmóviles con expresión extática. Música sacra.

Oscuro.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13 o Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (*SACD*).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Febrero de 2017
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-083-3

<https://comediatheque.net>